

—No—prosiguió Raimundo—no habéis sido muy galantes, porque imaginasteis mezclar en toda esa historia á la señora de Nançay, cuando era más sencillo que vuestra amiga me hubiese dicho francamente: «Caballero, confío en vuestro honor, porque sois hombre digno; pero sabed que no soy libre... Me estorbáis, por lo tanto, viniendo á mi casa, y quizá destruiréis mi porvenir. ¡No vengáis más!»

—Continuáis hablando con enigmas—dijo la señora de Candale frunciendo las cejas—pero tal vez es mejor; me habéis despreciado pocos días hace y habéis entrado de nuevo en vuestra antigua banda... y ahora temo que, al venir aquí, os hayáis equivocado...

—¡Pues bien!—replicó él con acento cada vez más seco y áspero.—Si queréis, señora, que ponga los puntos en las *íes*, iré rectamente al fin; he sabido, ¿ois, señora?, he sabido que la señora de Nançay no tiene parte alguna en la resolución de la señora de Trillières; he sabido que un hombre la ha impuesto la exigencia de despedirme, porque tiene derecho para ello... y conozco su nombre...

Mas si Casal esperaba sorprender una emoción cualquiera en el delicado rostro de la condesa, se equivocó en su esperanza: Gabriela hacía *crochet* con sus finos dedos, su boca estaba inmóvil, sus ojos seguían el trabajo de las manos; su actitud, en suma, era la más natural del mundo.

Pero aunque Gabriela era fiel amiga y muy prudente, era en primer lugar mujer y curiosa, y dejó hablar á Raimundo para saber más.

—¡Ah!—insistía él.—No me contestáis, y hacéis bien; comprendéis que es un poco duro ser sacrificado á los celos... ¿de quién?... de un Félix Miraut, un pintamonas que se cree gran artista del Renacimiento porque se viste de veludillo para copiar ramos de lilas y una rosa...

Y de este modo fué trazando una caricatura atroz del bravo artista, interpretando en mal sentido algunas puerilidades inocentes de Miraut, puerilidades que son siempre inseparables del talento. Casal contaba con engañar así á su fina interlocutora, aunque hablando de Miraut pensaba en el otro, en su rival, y su voz salía mofadora y durísima, y su fisonomía expresaba un sufrimiento que, efectivamente, engañó á la condesa, quien le sonrió con indulgencia como á un amigo enfermo.

—¿Pero estáis loco, mi pobre amigo?—respondió.—¡Loco de remate! Miraut con derechos sobre la señora de Trillières... ¡bah! ¡Ni siquiera puedo incomodarme con vos! ¡Miraut! ¿Por qué no, d'Arnelles, ó Prosny, ó d'Avançon?... ¡Bah, bah! Mientras estáis ahí deberíais desconfiar de D'Avançon... Os aseguro que las asiduidades de un hombre tan peligroso son bello asunto de meditación para un conocedor de caracteres... como vos lo sois.

—Entonces, si no es Miraut...—dijo Casal con

una ironía que hizo fruncir las cejas á la señora de Candale.

—Si no es Miraut... ¿qué?—repitió Gabriela.

—Que... que puede ser el amigo que ha regresado el mismo día en que ella me despidió á mí: Enrique de Poyanne.

—Escuchad, Casal—contestó la joven alzando los lindos hombros, pero sin soureir—siempre que se os atacaba os he defendido, y siempre he dicho que valéis más que vuestra reputación, la cual es detestable... Pero si sospecháis tan bajamente de una mujer que es mi mejor amiga, á quien habéis conocido por mí y en mi casa, y si propagáis de ella calumnias como la que acabáis de decirme... entonces, Casal, cometéis una acción abominable, ¿entendéis?, que yo no sufriré... La señora de Tillières ha sido modelo de perfecta lealtad para vos; ella tenía prevenciones que ha dominado por consideración á mí, y os ha recibido en su casa y no ha usado de ninguna coquetería; ciertas dificultades con su madre hacen que sean penosas para ella sus relaciones con vos; os lo acuerda lealmente, y vos, en lugar de obedecer, la calumniáis... ¡Eso es una indignidad!, ¿oís?, ¡una indignidad!

—Tenéis razón, señora—dijo Raimundo después de algún silencio—y os pido perdón...

Y añadió con voz sorda:

—¡Os prometo que no volveré á hablaros jamás de la señora de Tillières!

—Y qué ¿no pensaréis de ella lo que acabáis de decirme?—insistió la condesa.

—Y que no lo pensaré...—dijo Casal.

Y tuvo fuerzas para continuar la conversación en tono muy diferente y sobre otro asunto.

Pero no engañó á Gabriela, quien, sin embargo, no procuraba indagar más, culpándose de no haber seguido el único procedimiento eficaz para despidar aquella inquisición celosa: el silencio.

Así, cuando Casal se despidió, la señora de Candale quedó largo tiempo, muy largo tiempo, dirigiéndose reproches y preguntándose si debía prevenir á Julieta.

Un peligro amenazaba á su amiga. Ella lo conocía por el mismo instinto que la hacía ver ahora en Raimundo abismos de pasión en los que no había creído antes de su visita.

—¡Sí!—concluyó.—Iré á la calle Matignón y haré que Julieta se ponga en guardia... Pero después de todo, ¿qué puede hacer él, sino molestarla con una carta ó con un escándalo?... Pero ¿cómo habrá descubierto la verdad?

* * *

¡No! Casal no había descubierto enteramente aquella cruel verdad; la prueba, no obstante, resultó con éxito, y la señora de Candale, defendiendo á su amiga tan ligeramente, á propósito de Mi-

raut, y después con tanta viveza á propósito de Poyanne, acababa de precisar el campo de pesquisas donde los celos de Casal debían operar: ¡Por el lado de Poyanne era necesario indagar el secreto de la señora de Tillières!

Cuando el joven, al salir de la visita, encontróse enfrente de él mismo, experimentó la crisis de sufrimiento que acompaña á cada progreso de los celos hacia la certidumbre; y además, había adquirido un nuevo dato, que Raimundo interpretó, como sucede á los corazones martirizados, en el sentido de sus peores pensamientos.

—¡No hay dudal—decíase mientras caminaba hacia el *Bois* para dominar su ansiedad por un largo paseo.—¡No hay dudal ¡Poyanne es su amante!

Y asaltáronle de pronto las ingratas visiones que había intentado desvanecer, aventurándose en la extraña visita hecha á la señora de Candale; y ahora no luchaba ya contra ellas, y le asediaban, le perseguían sin cesar por la noche, sentado á la mesa con su inseparable lord Herbert...

No poseyendo los datos que le hubiesen permitido reconstituir la historia de Julieta desde hacía diez años, no adivinaba el drama que se representaba en el alma de aquella mujer, su lucha entre el amor y la piedad, lucha entre la ardiente sed de dicha personal y la necesidad de permanecer fiel á compromisos anteriores.

Aquella criatura tan delicada se le aparecía como un enigma de doblez, tanto más monstruosa cuanto más encantadora la había conocido.

¡Juzgola él tan noble, tan altiva, tan pura!...

¡Y ella se divertía en jugar con él durante la ausencia de su amante!

—¡Sí, su amante!—insistía.

Y luego, en ciertos momentos, veíase obligado á decirse:

—¡No! Todavía no tengo la prueba absoluta, *la prueba...* ¿Pero se tiene alguna vez esa prueba? ¡A menos de haberla *visto!*...

Tales eran las disposiciones de espíritu en que se encontraba aquel hombre desventurado al sentarse, una semana después de su visita á la señora de Candale, en su butaca del Teatro Francés, en la noche del último martes de la *saison*.

Y de repente, en la tercera fila de butacas, sus ojos encontraron el rostro de alguien que, volviéndose de lado, le miraba; y reconoció á Enrique de Poyanne.

Como en la calle Matignón y en el umbral de casa de Julieta, aquel cruce de miradas entre ambos no duró sino un segundo, y al momento el conde aparentó interesarse por seguir el diálogo y el movimiento escénico de los actores.

Raimundo no tenía necesidad de volverse para mirar á su rival: bastábale con inclinarse un poco, y veía los cabellos rubios á trechos y grises en

otros lados del célebre orador, y su perfil vulgar, y sus angostos hombros, y la mano con que apretaba los gemelos de teatro, con una nerviosidad que revelaba emociones contenidas.

Y mientras contemplaba con la avidez de los celos á aquel hombre, sentado á pocos metros de distancia, y objeto de sus meditaciones más dolorosas, una singular loca idea se apoderó en el acto de Casal: él tenía la intención de que la prueba, aquella prueba deseada, estaba allí, en su presencia... y esta vez iba á poner en claro las probalidades, todavía dudosas, á pesar de todo, de su conversación con la señora de Candale.

No ignoraba él que Poyanne se había batido como un héroe durante la guerra, y conocía también su duelo en Besançon, aquel duelo á que el conde obligó al amante de su mujer; tenía, por lo tanto, delante de él, un hombre bravo para soportar la menor afrenta.

—Razonemos—se dijo.—Si me acerco en el entreacto y le hago uno de esos desprecios que un hombre de su carácter no puede tolerar á nadie, sin obedecer á razones imperiosas, lo sabría todo... Si es el amante de la señora de Tillières, y si es realmente quien ha hecho que se me arroje de allí, á todo precio querrá que el nombre de esa mujer no se pronuncie entre nosotros, ni á propósito de nosotros, y él se arreglará para evitar un encuentro... Pero si no hay nada entre ellos, me detendrá

á la primera palabra, y después le daré ó me dará una estocada... ¡No se sabe nunca el final de estos lances! Pero me distraerá mucho batirme en las circunstancias presentes, y lo que arriesgo vale la pena de hacer la prueba... Porque si él se aleja callandito, resulta la prueba, y prueba indiscutible.

Esté proyecto insensato, apenas forjado por aquella alma frenética, fué de inevitable cumplimiento. ¡Parece que el amor resucita en nosotros al salvaje primitivo, para el cual es una misma cosa proyectar y ejecutar lo proyectado.

Ninguno de los camaradas de Raimundo, que le estrechaban la mano después de caer el telón, se hubiese apercibido de la tirantez de nervios del joven, cuando fué á situarse á la entrada del pasillo para aguardar á Poyanne y decirle con las más corteses formas:

—¿Me haréis el honor, caballero, de concederme una conferencia de breves momentos?... ¿Aquí, si os place?

Y le indicó un ángulo del pasillo, apartado de las gentes que iban y venían.

—Os escucho, caballero—respondió el conde, visiblemente sorprendido por aquella entrada en materia.

Poyanne tuvo la sensación inmediata de que su inesperado interlocutor quería hablarle de Julieta, y se dijo:

—¡Es imposible! En primer lugar, nada sabe;

además, y á pesar de todo, es demasiado *gentleman* para hacer eso...

Pero Casal comenzó en seguida á hablar á media voz, con el ademán y el tono que suele usarse en una confidencia entre dos indiferentes de la buena sociedad, sobre una historia de círculo ó de salón.

—Es muy sencillo, caballero, y no es molestaré mucho tiempo: únicamente deseo preguntaros si tenéis alguna razón particular para mirarme como acabáis de hacerlo en el salón del teatro, y en otras ocasiones también, con una insistencia que, tengo el sentimiento de deciroslo, no me conviene por ningún concepto.

—Hay alguna mala inteligencia entre nosotros, caballero—respondió Poyanne;—porque yo ignoraba en absoluto que vos estuvieseis ahí hasta hace unos cinco minutos.

Y estaba muy pálido, y hacía notable esfuerzo para conservar un corte de seriedad ante un apóstrofe tan extraño como el de Casal.

—Estoy desolado por contradeciros, caballero—replicó Raimundo—pero me habéis mirado con fijeza, os lo repito, en diversas ocasiones... y quiero tener el corazón tranquilo y advertiros que estoy decidido, en caso necesario, á prohibiros que me miréis así...

A medida que pronunciaba estas palabras, de insolencia tan gratuita y extraordinaria, podía se-

guir en el rostro del conde la lucha entre la altivez ultrajada y la absoluta resolución de no revelar nada de su secreto.

Porque Poyanne habíase apercibido, con la rapidez de razonamiento que se despierta en nosotros en semejantes situaciones, de esta verdad: Casal no ignora que la señora de Tillières le ha despedido por mi causa; luego sabe también mis relaciones con ella, y un hombre capaz de tan in-calificable algarada es también capaz de nombrarla si nos batimos... ¡A todo trance es preciso evitarlo!

Y tuvo energía suficiente para dominarse otra vez, y responderle:

—De nuevo, caballero, os afirmo que hay aquí una mala inteligencia... Jamás he tenido motivo alguno para miraros de modo que pudiera causar ofensa, y no tengo la intención de comenzar, después de una conferencia que no tiene, por consiguiente, la menor razón para prolongarse... y os ruego, por lo tanto, interrumpirla...

—¡En efecto!—dijo Casal.—Veo que no debo hablar más con un cobarde...

Y este insulto salió de sus labios sin que lo deseara, porque era contrario al plan de indagación que se había propuesto seguir; pero al ver que el conde se turbaba y que á la vez dominaba su turbación, deliberadamente dispuesto á evitar una querrela, Casal adquirió una segunda prueba, ni más ni menos que en su conferencia con la señora

de Candale; y entonces, el furor de los celos le arrancó aquella palabra irreparable, ante la cual no retrocede nunca un hombre de corazón, sea ó no sea el amante de la mujer.

El rostro del conde, que estaba muy pálido, se tornó de color de púrpura.

—Caballero—dijo—os he respondido lealmente, porque suponía que os equivocabais de buena fe; más veo que buscáis mala querella, que deseáis un duelo, y le tendréis... Ignoro por cuál motivo queréis ocuparos en quien jamás se ha ocupado en vos, pero no consiento que nadie me hable como vos acabáis de hablarme... y tendré el honor de enviaros dos amigos míos...

Y parándose un momento, añadió imperiosamente:

—¡Con una condición, caballero! Que vos exigiréis de vuestros amigos lo que yo exigiré de los míos: su palabra de honor de que este asunto ha de permanecer absolutamente secreto.

—Conformes—respondió Casal.

Y como para probar á su interlocutor la sinceridad de su promesa, interpeló á Mosé, que por allí pasaba, con estas palabras:

—Decidme, Alfredo, ¿os acordáis con exactitud de la fecha en que se representó aquí la comedia de Octavio Feuillet, en la cual estaba tan admirable el actor Bressant?... *El Acróbata*, si no me engaño... el mismo asunto que *La Marquesita*, pero

más romántico... Discutimos acerca de eso el señor de Poyanne y yo: él afirma que fué en 1872 y yo que fué en 1873...

X

Antes del duelo.

En la mañana siguiente al día en que se representaba en los pasillos del Teatro Francés la escena que acabamos de describir, imposible de prever, y que tan bruscamente convertía en tragedia la novela sentimental de la débil Julieta, ésta se encontraba sola en la avenida circular del jardincito de su casa.

Las acacias en flor perfumaban el aire con su aroma azucarado, que la soñadora aspiraba ampliamente, mirando el verde follaje que resplandecía con el sol del estío, el macizo de rosas encarnadas y blancas erguidas en sus tallos, la hiedra que se estremecía en el muro con el soplo del céfiro, el vuelo de una avecilla que saltaba sobre el césped y volaba en seguida hacia las ramas cercanas.

Desde su conversación con Casal no dejó de sentirse algo enferma, y era para ella una pena excesiva no poder ocultar enteramente á Poyanne su melancolía, en la cual se anegaba, se hundía más en cada hora.

¿Y cómo engañar la inquieta lucidez de aquel